

Reverencias

Kuniko Mukōda

Hace ya diez años que puse un contestador automático.

Hoy día parece que este aparato se ha generalizado mucho y ahora es raro que te aparezcan mensajes equivocados, pero al principio me encontraba grabados muchos mensajes divertidos.

—Buenas. Te llamo de la cafetería tal y cual. Tráenos dos kilos de Mocha Mattari y uno de Blue Mountain. Lo antes que puedas.

—Oye, que me dice mi chica que está decidida, que se larga. Así que... ¿¡Hola!? ¿¡Oye!?, ¿¡Oye!?, ¿Estás ahí? ¿No me oyes? ¿¡Holaaaa!?, fu, fu, [sopla sobre el auricular]... ¡qué raro! Probando, probando...

Y eso no era nada, porque alguna vez, de repente, te aparecía alguien gritando:

—¿¡Te estás cachondeando de mí?! ¿No te da vergüenza usar a una tía de tapadera para que diga que no estás y escaquearte de pagar lo que me debes? ¡Ya me estás devolviendo todo el dinero, los 300 mil yenes, hoy mismo, eh!

Por supuesto, era una llamada totalmente equivocada, que nada tenía que ver conmigo. La verdad es que no entiendo cómo podía ocurrir esto, porque en el mensaje salgo yo diciendo mi nombre, que no estoy en casa y que esto es un contestador automático, y pidiendo luego que, al terminar mi mensaje, después de oír la señal, dejen su nombre y el recado en un minuto.

Hubo incluso algunas personas que volvían a llamar y dejaban grabado el capítulo II del mensaje, porque no les bastaba con un minuto. La más graciosa de todas fue la buena de Tetsuko Kuroyanagi.

—¿Mukōda? Soy Kuroyanagi.

Parece que si no decía esta frase al principio no podía arrancar; lo dijo rápido y el resto todavía más rápido:

—Me resulta terriblemente difícil hablar a este tipo de aparatos, es que es la primera vez que le hablo a una máquina. Sería raro hablarle expresando alguna emoción, pero también lo sería hablarle como cuando damos las noticias... no sé cómo debo hacer.

Y mientras iba diciendo estas cosas, se le pasó el minuto y se le cortó.

Acto seguido, volvió a llamar.

—¿Mukōda? Soy Kuroyanagi

Empezó otra vez exactamente igual, y luego añadió:

—Bueno, esto es continuación del mensaje de antes, es que ¡un minuto se pasa volando! ¿A los demás les basta con un minuto para dejar su recado? ¡Jo, qué inteligentes deben de ser los demás!... Yo es que soy un desastre.

Y diciendo estas cosas se le acabó otro minuto más.

Y volvió a empezar otra vez igual:

—¿Mukōda? Soy Kuroyanagi. Te llamo desde la sala de control del estudio de NHK y, como estoy hablando sola, todo el mundo me mira con cara rara y como pensando “esta Chak, ¿se habrá vuelto loca?”

Se le volvió a cortar una vez más mientras explicaba la situación.

Así estuvo venga a hablar sin parar durante nada menos que nueve mensajes, y al final dijo:

—Vale, luego te veo y te cuento lo que quería decirte.

Resultan nueve minutos de un espectáculo realmente gracioso cuando lo escuchas todo seguido.

Creo que habría sido un pecado guardármela para mí sola, así que, aunque sin pedirle permiso —ya lo siento—, en más de una ocasión les he puesto la grabación como gesto de bienvenida a amigos o directores de programa que venían a casa a alguna reunión. Nadie hasta hoy ha batido el récord de las nueve llamadas seguidas de la buena de Kuroyanagi.

La llamada más áspera que he recibido hasta ahora es la de mi padre.

—¡Umm!

No sé por qué, pero lo primero que suelta es un gruñido horrible. Y luego:

—¡Toshio Mukōda!

Gritó su propio nombre.

—Lláname inmediatamente al trabajo. ¡El teléfono es el tal, tal, tal!

Gritaba como si estuviera rabioso. Le devolví la llamada a todo correr para ver si le había ofendido en algo. Resulta que nada, que le habían regalado unas entradas para el teatro noh y que fuese a recogerlas. Mi padre murió hace ocho años y esa fue la única

vez que escuché su voz en el contestador automático.

Mi madre también por fin ya se ha acostumbrado, pero al principio, cuando lo instalé, resultaba bastante original.

—Soy tu madre. Vale. No estás.

Era evidente que estaba enfadada.

—Si no estás, pues da igual. No tiene sentido hablarle a una máquina. Así que cuelgo, ¿no?

Su voz dejaba ver claramente que estaba de morros.

Ha habido en estos diez años muchos mensajes peculiares, incluidas todas las llamadas equivocadas, pero mi favorito es el de aquella voz humilde de una mujer, aparentemente mayor:

—No soy quién para darle mi nombre.

Una voz distinguida y tranquila continuaba después en un tono como si estuviera completamente avergonzada.

—Parece que me he equivocado de número... En estos casos, ¿qué es lo que debe una hacer?

Hubo un pequeño suspiro y un silencio.

—Lo siento muchísimo. Si me disculpa...

Y queda grabado el sonido del auricular cuando lo cuelga con sumo cuidado.

Aquel día entendí en qué consiste la auténtica modestia. Traté de imaginar cómo sería esa mujer al otro lado del teléfono, su figura, cómo vestía, cómo era su familia, y otros detalles. Pensé que debía de ser sin duda una persona que saludaría con una reverencia elegante.

Hace cosa de medio año mi madre tuvo un problema de corazón. Tuvo una taquicardia paroxística y, en un cierto momento, llegó incluso a tener más de 200 pulsaciones por minuto. Aunque le dijeron que su vida no corría peligro, tanto ella misma como la familia nos quedamos muy preocupados, así que la hospitalizaron para hacerle algunas pruebas. Mi madre, que va a cumplir 70 años esta Nochevieja, es una persona sana que nunca ha guardado cama más que en los partos. Era la primera vez en su vida que quedaba hospitalizada. Le dijimos que no se preocupara, que le darían el alta en un

mes, pero más tarde supimos que ella había estado preparándose como si fuera a emprender el viaje a la muerte.

Los dos o tres primeros días en el hospital los vivió como un gran acontecimiento. Por la noche, juntaba todas las monedas de diez yenes que encontraba y nos daba el parte diario desde el teléfono público del pasillo.

Que qué maravilloso es vivir sin tener que preocuparse de preparar comidas tres veces al día. Que cómo preparan de bien el menú, teniendo en cuenta lo que les gusta y lo que deben comer las personas mayores. Y lo atentas y amables que son las enfermeras. El reporte era tan animado que habría dejado atrás a más de un reportero de televisión. Se notaba claramente que hacía el esfuerzo de animarse a sí misma.

Al cabo de unos tres días, de repente, sus informes empezaron a ser menos animosos y más breves. Al cuarto día, las llamadas cesaron.

Aquellos días yo estaba en la fase final de un trabajo. Cuando, al cabo de una semana, conseguí hacer un hueco para ir a visitarla al hospital, encontré a mi madre sentada en la cama, con la cara una talla más pequeña. Aquel día estábamos todos, los cuatro hermanos, incluso mi hermana pequeña, que se había casado y vivía fuera; pero el momento de volver a casa nos resultó doloroso.

Yo había echado un ojo al reloj de mi hermano y estaba dudando si decir:

—Bueno, ya va siendo hora...

Pero, por un segundo, mi madre se me adelantó:

—A ver, también yo debería acostarme ya.

Dijo esto en un tono jovial y acto seguido se puso de pie muy decidida para empezar a repartirnos las flores y las frutas que le habían regalado. Después de mucho discutir, al final nos echó fuera a todos y salimos cargados con un botín mucho mayor de lo que habíamos traído.

—Aquí hay muchos pacientes a los que no visita nadie, así que, por favor, no vengáis en un tiempo, es que me siento un poco violenta con tanta visita.

Mientras nos iba echando este sermón, nuestra madre, que era la más bajita de todos, desfilaba por el pasillo delante de nosotros cuatro.

—De verdad que ya no vengáis, por favor os lo pido.

Fue bastante insistente. Nos metió a empujones en el ascensor y en el momento en que se cerraba la puerta nos dijo:

—Muchísimas gracias.

Como si fuera una persona distinta, en el polo diametralmente opuesto al tono un tanto desconsiderado que había usado hasta ese momento, nos hizo una profunda reverencia, como habría hecho una chica de ascensor en la planta baja de unos grandes almacenes.

Las puertas de los ascensores grandes del hospital, los que se usan para llevar las camillas, se cierran por ambos lados. Mi madre, con su cabeza blanca agachada, en pijama y envuelta en un chal de color verde oliva que mi hermana había tejido, parecía aún más pequeña. A duras penas contuve el impulso de apretar el botón para abrir las puertas y decirle algo más.

Los cuatro hermanos bajamos en silencio desde el séptimo piso. Mi hermano pequeño soltó como para sus adentros:

—Hay que joderse.

Y mi hermana pequeña dijo:

—Siempre es así.

Mi hermana pequeña iba todos los días a cuidarla, y mi hermano menor se acercaba a hacerle una visita una vez cada tres días. Mi madre siempre lo acompañaba al ascensor y le hacía una reverencia como la de hoy. Además, según mi hermano:

—El ángulo de la reverencia varía según el número de personas.

Y añadió:

—Como hoy estábamos aquí todos, éste ha sido el más pronunciado.

Nos echamos a reír —sí, aquello era muy propio de nuestra madre— pero seguimos caminando hasta el aparcamiento procurando cada uno de los cuatro no mirar la cara llorosa de los demás.

Aquella fue la segunda vez que vi a madre hacer esa reverencia tan formal.

Hace dos años, yo le había regalado un viaje de cinco noches y seis días a Hong Kong, para que fuera con mi hermana.

Se resistió diciendo que nuestro difunto padre la regañaría y que esto acabaría por traerle mala suerte, pero yo sabía que, si conseguía echarla, disfrutaría mucho con aquel viaje porque siempre le había gustado la buena comida y era una persona muy

curiosa para su edad. Así que el momento de la partida fue algo más que tenso.

En el aeropuerto tenía que pasar el control de seguridad de equipajes. Desde el otro lado de la mampara de plástico yo miraba cómo mi madre y mi hermana abrían sus bolsos delante del agente.

—No lleva usted objetos peligrosos, como cuchillos o así, ¿verdad?

El agente lo preguntó por pura rutina, como una simple fórmula. Esperaba, obviamente, que la respuesta sería “no”, pero mi madre, como si fuera la cosa más natural del mundo, dijo:

—Sí, sí que llevo.

Mi hermana y yo nos sobresaltamos.

Mi madre sacó del bolso unas enormes tijeras de costura.

Se me escapó gritarle:

—¡Mamá!, ¿cómo se te ocurre traer algo así?

Mi madre no supo a quién dirigirse, si al agente o a mí:

—Es que, como es un viaje de una semana, por si me crecían las uñas.

El agente se sonrió y la dejó pasar, pero en la sala de espera a la que pasamos la regañé y le dije que cómo no se había traído un cortaúñas.

—Pues, porque me acordé en el último momento, cuando iba a salir, y no quería perder tiempo buscando el cortaúñas.

Mi madre siempre ha sido una mujer fuerte pero ahora, mientras daba estas explicaciones, se notaba que el incidente la había afectado.

—Si vuestro padre estuviera vivo me habría regañado.

Me dio un poco de pena, así que me levanté sin decir nada y me fui hasta la tienda de flores y pedí que le hicieran un prendido de orquídeas. Les regateé para que me lo bajaran de 3.000 yenes a 2.500, pero cuando se lo entregué a mi madre se enfadó muchísimo.

—Pero ¿qué te crees que somos? ¿Cómo malgastas el dinero en una tontería así?

No contenta con eso, me dijo que fuera a devolverlo y acabamos teniendo una discusión entre madre e hija. Mi hermana intercedió y le dijo que lo aceptara, que aquella era una ocasión única en la vida. Finalmente mi madre recuperó el humor y nada más colocárselo en el pecho se oyó el aviso de embarque. Al ponerse en la fila para el control de acceso a la puerta de embarque, mi madre de repente se detuvo y se volvió hacia mí,

que estaba ahí parada. Dando por supuesto que me iba a saludar con la mano, levanté mi mano derecha. Mi madre, sin embargo, me hizo una profunda reverencia. Replicando su gesto, también yo bajé la cabeza, pero me quedé con la mano levantada, saludando como si fuera el emperador.

Saqué un ticket para poder salir al muelle desde el que se ven los aviones. Hacía un día precioso, soleado y templado para ser invierno. En el cielo azul intenso un punto brillaba como la mica: algunos aviones despegaban y otros aterrizaban.

El avión en el que iba mi madre empezó a girar lentamente en la pista de despegue. De repente, sentí que se me encogía el corazón.

Me vinieron ganas de rezar:

—Por Dios, que no se caiga. Y si no hay más remedio y tiene que caerse, por favor, que sea en el viaje de vuelta.

El avión terminó de ascender y comenzó a girar a gran altura. Menos mal, ya están a salvo. No sé por qué, de repente, se me llenaron los ojos de lágrimas. Me reía de mí misma pensando que no era más que un viaje a Hong Kong, mi boca soltaba carcajadas al pensar en las tijeras de costura y el ramillete de orquídeas de hacía un rato y, sin embargo, al mismo tiempo, no podía dejar de llorar, como un chaparrón en el cielo azul.

Mi abuela murió debe de hacer unos treinta y cinco años, justo antes de que la guerra se agravara. Esto era cuando yo estaba en segundo año de la escuela secundaria.

La noche del velatorio, de pronto hubo un cierto revuelo en la entrada.

Se oyó una voz:

—Ha venido el presidente de la compañía.

Mi padre, que estaba sentado junto al féretro de la abuela, salió escopetado hacia la entrada, apartando a todas las visitas. Se arrodilló en el suelo y, estirando las manos hasta el peldaño inferior de la entrada, hizo una reverencia al anciano que acababa de llegar.

Más que una reverencia, aquello era una postración. En aquella época la gasolina ya estaba racionada y los civiles no podían usar el coche a su antojo. La empresa era un conglomerado bastante grande, y en ese momento mi padre era sólo un jefe de sección, así que no podía imaginarse que el propio presidente de la compañía viniera en persona

al velatorio. En cualquier caso, aquella era una imagen de mi padre que nunca antes había visto.

Desde que tengo memoria recuerdo siempre a mi padre como un hombre autoritario. Un hombre que gritaba a su familia y levantaba la voz incluso a su propia madre. Como tenía su cargo de director de la delegación de zona, yo sólo había visto a mi padre sentado en el asiento principal, con la espalda en el pilar de la casa. Y con todo, esa reverencia que estaba haciendo ahora resultaba servil.

No me gustaban nada esas formas tiránicas de mi padre.

¿Cómo es que únicamente él iba a trabajar vestido de lino blanco perfectamente almidonado y nunca hubo dinero para comprarle ni un anillo a mi madre? ¿Por qué, si alguna vez venían sus subordinados a casa, los trataba con aquella magnanimidad tan impropia? ¿Por qué nunca llegó tarde al trabajo ni faltó un solo día en su vida, sin ocuparse de mis hermanos y de mí, ni siquiera cuando tuvimos el sarampión o la tos ferina?

Sentí entonces que había entendido la razón por la que mi padre, sin más formación que el antiguo título de escuela primaria y habiendo entrado de camarero, había ascendido, sin recurrir a enchufes, hasta aquel cargo; un ascenso, al parecer, sin precedentes en la empresa. Durante algún tiempo yo dormía en la misma habitación que mi difunta abuela, pero el dolor que ahora debería sentir por su muerte había desaparecido y la única imagen que me quedaba en los ojos era esa reverencia de mi padre. Aquella era la lucha que mi padre había venido librando sin permitir que nosotros lo viéramos. Decidí perdonarle que hubiera tenido siempre para cenar un plato más que nosotros, o aquel puñetazo que me dio una vez para descargar su frustración cuando no consiguió cerrar unos contratos de pólizas de seguro en la fecha límite. Incluso ahora todavía siento una punzada en el corazón cuando recuerdo la imagen de mi padre aquella noche.

Hemos visto a nuestra madre hacernos reverencia, inclinarse ante nosotros, sus hijos, pero mi padre murió súbitamente, de una insuficiencia cardíaca, a los 64 años, cuando aún seguía trabajando, sin que nunca llegara a inclinarse ante nosotros. En los últimos años pareció haberse ablandado un poco, pero hasta su muerte siguió igual: aún nos reñía y gritaba y nos hacía inclinarnos ante él.

Produce un sentimiento complejo ver a tus padres hacerte una reverencia.

Puede resultar algo incómodo, desconcertante, o quizás cómico, triste y hasta un poco molesto.

Inclinar la cabeza ante aquellos a los que hemos criado indica claramente que hemos envejecido. Por mucho que sepamos que esto es algo inevitable, como hijos, ver a nuestros mayores hacerlo nos provoca una punzada triste.